

Su Santidad Tenzin Gyatso, XIV Dalai Lama.

se retrotrae hasta los tiempos gloriosos del Celeste Imperio.

Para el gobierno chino todo lo referente a los Juegos marchó sobre ruedas hasta el lunes 10 de marzo. Ese día, en horas de la mañana, la ciudad de Lhasa, capital del Tíbet, amaneció estremecida por multitudinarias manifestaciones anti-chinas, que con posterioridad se extendieron a las provincias de Qinghai, Gansu y Sichuan, donde existen importantes enclaves tibetanos. Centenares de manifestantes –entre ellos numerosos monjes budistas y jóvenes– atacaron durante casi 72 horas ininterrumpidas las propiedades y negocios de la población china (en su mayoría de la etnia jan) asentada en la ciudad de Lhasa. Por su parte, la comunidad tibetana en el exilio realizó protestas simultáneas en Katmandú, Dharamasala, Nueva Delhi y otras capitales del mundo, todas ellas con un

# Una flor de loto en los jardines del Celeste Imperio

Por LENIER GONZÁLEZ MEDEROS

La cuenta regresiva para el inicio de la gran fiesta de los Juegos Olímpicos de Beijing ha comenzado. Muy pronto la capital de la República Popular China se convertirá en el epicentro mundial de uno de los eventos internacionales más importantes del orbe. Las autoridades de dicho país han organizado la Olimpiada con la clara conciencia de que constituirá un momento de alta significación política, que le podrá servir para alcanzar objetivos tanto en el ámbito doméstico como a nivel internacional. Este propósito viene calzado por la irrefutable realidad de un incesante y acelerado crecimiento económico, que hace de la economía de esa potencia una de las más dinámicas del orbe.

Por más de una década las élites políticas chinas tejieron con gran paciencia la obtención de la sede, y luego, la organización de los Juegos. Convenci-

das de que el Partido Comunista Chino (PCCh) está llamado a restablecer la grandeza milenaria de la nación, los Juegos constituyen el momento destinado a anunciarle a la Humanidad que China entra en el siglo XXI como una gran potencia mundial, llamada a tener un papel destacado en la arena internacional.

Además, en el ámbito interno, han de servir para cohesionar a una inmensa y heterogénea amalgama de etnias y pueblos bajo el control de Beijing, para de esta manera potenciar la unidad nacional.

La consolidación del poder central, el afianzamiento de la nación, y el fortalecimiento del despliegue en la arena internacional son las tres metas centrales de una clase gobernante cuyo imaginario político se asienta sobre una visión grandiosa de China, que conecta con una tradición política y cultural que

gran despliegue mediático de la prensa occidental.

La respuesta del gobierno chino no se hizo esperar y estuvo estructurada en dos frentes: uno militar y otro propagandístico. El gobierno chino barrió por la fuerza a los manifestantes, procedió a la militarización de toda la región del Himalaya y luego desató una campaña mediática demonizando a los sublevados. Según fuentes oficiales de la Cancillería china, en los disturbios de la capital regional murieron 13 personas y más de 200 resultaron heridas. Los tibetanos del exilio hablan de más de 100 muertos, e incluso, de centenares de víctimas fatales. Los daños materiales a las propiedades de ciudadanos chinos ascendieron a más de 28 millones de dólares.

De esta manera se escribía otra de las páginas de uno de los conflictos más inexplorados del siglo XX. Las líneas

que siguen intentarán adentrarse en el referido diferendo político para, de esta manera, aportar algunas claves que arrojen luz sobre sus móviles. Además, se explorarán los modos de apropiación política que las potencias occidentales han hecho del mismo.

### Mito y realidad en el Tíbet

El Tíbet –enclavado en el corazón del Himalaya– es la cuna de un gran pueblo con una religión (la budista), una cultura, una lengua y una etnia muy propias y diferenciadas, que convergen en un sólido sentimiento de identidad personificado por la figura del Dalai Lama, al que la gran mayoría de los

Beijing entiende que el Tíbet es parte integrante de su territorio nacional desde la conquista mongola, cosa que los tibetanos rechazan. Desde entonces el Tíbet ha estado en la órbita de China, con vínculos más o menos sólidos según la fuerza de Beijing en cada momento. La dificultad para entender esta problemática radica en que se trata de una historia muy antigua y llena de lagunas, que le permite a ambas partes defender su postura con argumentos convincentes.

Tras la caída del imperio, en 1911, el poder central en China se vio debilitado durante décadas. En este período los lazos entre Pekín y el Tíbet prácticamente desaparecieron, aunque el

la soberanía china, pero pronto empezaron los desencuentros, que concluyeron con la huida del Dalai Lama a la India, en 1959. Los hechos que siguieron son presentados por la historia china como la verdadera “liberación” del Tíbet. El gobierno dismanteló el sistema teocrático-feudal imperante, bajo el cual la expectativa de vida era de 36 años, y en el que el 95 por ciento de la población estaba conformado por siervos hereditarios de la nobleza y de los monasterios, que vivían como verdaderos esclavos en pleno siglo XX. China lanzó un ambicioso programa de modernización que incluyó sacar del analfabetismo a la inmensa mayoría de la gente.

Pero los métodos aplicados para erradicar estos grandes problemas sociales fueron tan dolorosos como la propia enfermedad, pues la tierra fue redistribuida en forma abrupta y violenta, los intelectuales fueron reprimidos, y la práctica religiosa fue ilegalizada. Por tal motivo lo que para los chinos fue una “modernización”, para los tibetanos fue el asesinato de su cultura y sus tradiciones. Durante la Revolución Cultural numerosos monasterios pagaron un alto precio por haber sido los “santuarios del esclavismo”. Muchos fueron demolidos, mientras miles de monjes eran desalojados.

### Páginas de un conflicto

Tras su salida del Tíbet, el Dalai Lama y sus seguidores se establecieron en Dharamsala, una ciudad al norte de la India. Allí estructuraron un gobierno en el exilio al estilo occidental: adoptaron una bandera nacional, un himno y una constitución que combinaba el gobierno de los lamas con un parlamento civil.

Desde entonces hasta la actualidad la ciudad de Dharamsala ha sido la residencia del Dalai Lama y el hogar de más 100 mil tibetanos exiliados.

Desde allí el líder espiritual de los budistas tibetanos ha timoneado sus relaciones con el gobierno de Beijing. Otras decenas de miles viven exiliados por el mundo, sobre todo en Estados Unidos.



Tropas chinas desplegadas una vez controlada la sublevación.

tibetanos considera su líder espiritual y político. En el contexto religioso del budismo tibetano, al Dalai Lama se le considera la reencarnación de Avalokiteshvara, el Buda de la Compasión. Hasta 1959 el Tíbet fue una teocracia: los poderes religioso y político convergían en el Trono de la Flor de Loto, simbología que encarnaba el poder que ejercía el Dalai Lama.

El mongol Kubilai Kan conquistó China y el Tíbet en el siglo XIII y fundó lo que la historia de dicho país considera una de sus dinastías, la Yuan.

general Chang Kai-chek siguió considerando al Tíbet parte de China. Desde ese momento el Tíbet funcionó de hecho como un país independiente, pero sin el reconocimiento de las potencias occidentales más importantes –como Estados Unidos y el Reino Unido–, que siguieron aceptando la soberanía de Beijing sobre el territorio.

Tras la revolución comunista, Mao Tse-tung restableció el poder central sobre toda China, y ocupó el Tíbet en 1951. El Dalai Lama alcanzó un acuerdo con Mao Tse-Tung, sin oponerse a

Durante la década de los '60 el gobierno en el exilio estuvo íntimamente vinculado a la Agencia Central de Inteligencia (CIA) norteamericana. Ambas partes se beneficiaron de esta relación: Estados Unidos utilizó a la comunidad exiliada como una plataforma para presionar a China en el contexto de la Guerra Fría, y los exiliados, a su vez, pudieron mantener sus fuerzas guerrilleras activas en las montañas del Tíbet durante toda la década.

Durante esta etapa, marcada por la resistencia armada, los exilados no habían tenido contactos políticos con Pekín. El ascenso al poder de Deng Xiaoping, en abril de 1973, marca un punto de inflexión importante, relacionado no sólo con el desmontaje de las políticas aplicadas por Mao Tse-Tung, sino con el establecimiento de los contactos políticos con el Dalai Lama. Algunos maoístas de entonces afirmaban que Deng representaba el "retorno a los ritos". El 1974 el Dalai Lama ordenó que sus últimos guerrilleros en las montañas del Tíbet depusieran las armas. En 1977 el nuevo Jefe de Estado chino envió a un emisario secreto para hablar con Gyalo Thondup, hermano del Dalai Lama. De esta manera quedaba inaugurado un mecanismo de consultas políticas que ha marcado, de forma zigzagueante, la interacción entre Dharamsala y Beijing.

Los años de negociaciones entre ambas partes no dieron los frutos esperados. Desde 1983 es evidente que el gobierno chino decide consolidar un nuevo orden en el Tíbet sin llegar a un acuerdo con el Dalai Lama. La década de los 80 está marcada por la política china de traslado de miles de trabajadores, técnicos y comerciantes de la etnia jan hacia la región. Los jan son la etnia mayoritaria de China. Además, el gobierno central comienza a restaurar los monasterios destruidos durante la Revolución Cultural y a afianzar sus relaciones con el clero lamaísta, con el claro objetivo de minar la influencia del líder espiritual exiliado del país.

Cuando las negociaciones llegaron a un punto muerto, el gobierno tibetano en el exilio desplegó otras dos

variables políticas para incidir sobre el gobierno chino: utilizó combinadamente la realidad internacional y el creciente descontento popular en Tíbet. El 21 de septiembre de 1987, el Dalai Lama presentó su Plan de Paz de Cinco Puntos para el Tíbet a una audiencia del Congreso estadounidense. La idea central del documento era que el Tíbet debía convertirse en un estado amortiguador desmilitarizado entre China e India. Abogaba por el retiro de las tropas, bases militares y las centrales nucleares chinas de la Región Autónoma del Tíbet y de la mayoría de las provincias de Qinghai y Sichuan. Uno de los cinco puntos demandaba que China parara la inmigración jan al Tíbet. El plan era parecido a ciertas propuestas que los soviéticos habían hecho para crear varias "zonas de paz" en regiones dominadas por los norteamericanos. Además, el plan fue consultado con la URSS mediante el gobierno indio, importante aliado del Dalai Lama. El Plan de Cinco Puntos pretendía que Estados Unidos presionara a China para llegar a un acuerdo.

Una semana después de su discurso sobre el Plan de Cinco Puntos, comenzó una gran rebelión nacionalista de monjes en Lhasa. El levantamiento fue masivo. Estallaban las tensiones de una década de inmigración jan. Los rebeldes tomaron por asalto la comisaría de policía de Lhasa, pero fueron contenidos por las tropas chinas y resultaron muertas centenares de personas. Además, hubo otros estallidos insurreccionales en 1988. La atención internacional que atrajeron estas rebeliones llevó a varias grandes potencias a presionar al gobierno chino para que reanudara las negociaciones con los exilados.

Luego de las protestas de 1988, el Dalai Lama abandonó públicamente la demanda de independencia y de retiro de las tropas chinas.

Ante la reunión del Parlamento Europeo en Estrasburgo, el 18 de junio de 1988, el líder espiritual propuso que el Tíbet siguiera "asociado" con el gobierno de Beijing. Según su plan, dicho gobierno central controlaría la política exterior y los asuntos militares, pero la

región tendría una vida económica y cultural autónoma dirigida por un gobierno regional. La conformación de un estatus autonómico genuino para el Tíbet ha sido, desde entonces hasta nuestros días, la petición fundamental formulada por los exiliados tibetanos al gobierno chino.

### La crisis actual

Desde el año 1988 el Tíbet no vivía protestas tan fuertes y extendidas como las de marzo de este año. Era de esperar que el Gobierno tibetano en el exilio buscara capitalizar la atención internacional sobre el Tíbet a solo dos semanas del paso de la antorcha olímpica por la región del Himalaya, y justamente en el 49 aniversario de la frustrada insurrección anti-china en 1959. Culpar al Dalai Lama y a sus asesores políticos –como ha hecho el gobierno chino- de ser los instigadores de las revueltas es decir una verdad solo a medias. Si bien es cierto que el Dalai Lama tiene un importante peso como figura religiosa en la sociedad tibetana -y que a través de la red de monasterios budistas puede incidir en los procesos sociales internos-, existen causas mucho más profundas que potencian el caldo de cultivo necesario para el reverdecimiento de las protestas.

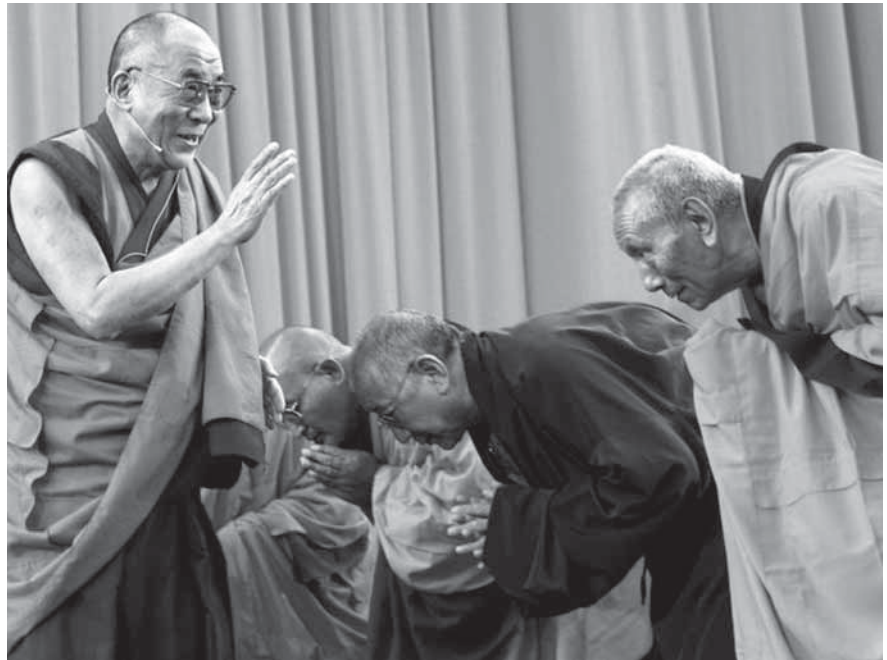
En el corazón de las actuales protestas late el sentimiento de insubordinación de los tibetanos al dominio chino, acentuado desde hace dos décadas por la política de Beijing de promover la inmigración masiva de ciudadanos de la etnia jan hacia la región. Los jan se han convertido en una poderosa élite empresarial y copan las esferas de poder económico en el Tíbet. No es de extrañar entonces que los manifestantes en Lhasa destruyeran los negocios de los miembros de dicha etnia. Además, aun están abiertas las heridas de la dura represión que, durante los años de la Revolución Cultural, se ejecutó contra ese pueblo y su cultura. Llama la atención cómo en las jóvenes generaciones de tibetanos el discurso nacionalista se ha radicalizado, tanto en

el exilio como en el Tíbet. Incluso algunos llegan a tachar al Dalai Lama de débil, por sus llamados a la utilización de métodos pacíficos de resistencia y por no pedir la plena independencia de la región.

Se trata en la práctica de la confrontación entre dos identidades nacionales contrapuestas: la tibetana -en calidad de subordinada- y la china, que históricamente ha sido hegemónica. Esta compleja realidad constituye un poderoso capital político en manos del Dalai Lama, pues el religioso budista afirma que solo él es capaz de contener al vigoroso movimiento nacionalista, a cambio de negociar un estatuto autonómico genuino.

Las potencias occidentales -con Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia a la cabeza- no desaprovecharon la oportunidad de utilizar los acontecimientos para estropear la imagen de unidad nacional que intenta ofrecer el gobierno chino y, a su vez, obstaculizar las pretensiones hegemónicas del Gigante Asiático mediante una feroz campaña de prensa. Las protestas en Lhasa y otras regiones del Tíbet fueron colocadas en el centro del discurso mediático global por los principales medios de comunicación occidentales. El conflicto tibetano ha sido una punta de lanza utilizada tradicionalmente para incidir sobre la nación asiática, primero como factor desestabilizador de la revolución maoísta en plena Guerra Fría, y luego, como vector de influencia en materia de derechos humanos y campañas mediáticas anti-chinas.

Por su parte, el gobierno de Beijing ha decidido -luego de las gestiones del presidente francés Nicolás Sarkozy- reanudar los contactos políticos con el Dalai Lama. El 7 de mayo pasado dos representantes del líder tibetano se entrevistaron en China con altos dirigentes del Partido Comunista Chino (PCCh), enviados por el presidente Hu Jintao. Algunos analistas refieren que estos contactos son una estrategia china para ganar tiempo ante la celebración de los Juegos Olímpicos, y que en realidad las negociaciones no llegarán a ninguna parte. Entre 2002 y 2007 se



realizaron seis rondas de negociaciones entre delegados de ambas partes sin que quedara dirimida ninguna de las grandes diferencias. Recordemos que el actual presidente chino, Hu Jintao, era el gobernador de la Región Autónoma del Tíbet durante la turbulenta década de los 80, y fue la persona encargada de gestionar, con el hermano del Dalai Lama, las referidas rondas negociadoras.

A pesar de que el actual Jefe de Estado chino es una de las figuras políticas más familiarizadas con el conflicto, no se percibe a corto ni mediano plazo una solución del asunto tibetano.

La petición del Dalai Lama de una "autonomía genuina" se estrella contra el imaginario político de las élites del PCCh, que detentan una visión imperial en sus relaciones con las etnias y los pueblos minoritarios. La "autonomía" no ha sido una práctica política en la historia de China, y esta realidad tiene un peso definitorio para que se logre una sintonía afectiva entre las partes. A este hecho se suma la tremenda desconfianza del gobierno chino hacia el Dalai Lama y su equipo, pues estos -de manera consciente o inconsciente- han puesto la solución de la causa tibetana en manos de Occidente, que la ha utilizado en su política de enfrentamiento a China. Puede que la hora de Su San-

idad Tenzin Gatso, XIV Dalai Lama, esté tocando a su fin. A su ya avanzada edad se suma una larga e infructuosa espera. Muy pronto el lamaísmo tibetano tendrá ante sí el tremendísimo reto de encontrar un sucesor. Podría ser ese un momento político importante para sanar las heridas de una nación fracturada.

El próximo liderazgo del exilio -sea religioso o secular- debería colocar su alianza con Occidente en un segundo plano, e intentar afianzar una gestión negociadora con Beijing que busque restaurar la confianza entre las partes. Estados Unidos y los gobiernos europeos deberían apoyar iniciativas de esta índole, pues la creciente influencia china en el orbe es uno de los mayores retos geopolíticos del siglo que comienza. Además, el nacionalismo tibetano podría volverse explosivo en el siglo XXI. China debería entenderlo.



Bibliografía  
Richardson, E.H. The Tibet and its History. Oxford University Press, Londres, 1962.  
Bregolat, Eugenio. China y el Tíbet. Real Instituto Elcano. Ex -embajador de España en China.